
EL SUR ANDINO DESDE UNA PERSPECTIVA NACIONAL

Javier Iguñiz



QUIERO ANTES DE EMPEZAR agradecer al IPA por concederme esta oportunidad de iniciar los temas de estudio de la Semana Social "Sur Andino: problemas y alternativas"¹. Espero que mis reflexiones sean útiles, aun cuando mis opiniones, mi análisis, no tengan que ser necesariamente ni aprobados ni aceptados. Espero también que los asuntos propuestos sean motivadores del debate, de la discusión, del análisis, porque sí creo que la Semana Social es importante e incluso urgente para ratificar –no diré crear porque las semanas sociales no inventan las cosas– pero sí ratificar caminos o innovar caminos para el Sur Andino y, a través del Sur Andino, para todo el Perú.

EL GRAN DESENCUENTRO

Las distancias humanas se acortan y crujen

Para comenzar, el primer gran punto que quiero tratar es un asunto muy difícil y, a pesar de ello, lo quiero proponer a ustedes porque sin él creo que la exposición carecería de fondo, no sería una presentación que haga justicia a la tarea

Javier Iguñiz

que me han encomendado. Lo primero que quiero decir es que el gran escenario de la relación entre el Sur Andino y el país, yo diría también entre el país y el mundo, está marcado fundamentalmente por grandes desencuentros, grandes desencuentros y muy antiguos. La crisis del Sur Andino es muy anterior a la crisis actual del país. En el viejo orden colonial u oligárquico, las mayorías del Sur Andino sufrieron una opresión que está en debate si era mayor o menor que la miseria que sabemos es enorme hasta hoy. No podemos, por lo tanto, enfocar el problema del Sur Andino restringiéndonos estrictamente a lo económico, nunca y menos acá. Porque en el Sur Andino el problema de la opresión es probablemente igual y quizá superior al de la miseria sobre la que voy a hablar luego.

Estamos ante un problema cultural, un problema de identidad en los núcleos más centrales de la identidad del ser humano. ¿Por qué? Porque la norma ha sido que las mayorías del Sur Andino no han sido consideradas humanas. Ser pobre es todavía un status superior, porque ser pobre es todavía ser reconocido como humano y sabemos bien, porque todavía siguen vigentes los rezagos de esa cultura, todavía hay componentes importantes de la población del Perú, y sobre todo del Sur Andino, que no son tratados como gentes, y menos aún como gentes iguales. Es por eso que el tema me es difícil, porque para hacerlo bien tendría que calar, hundirse en dimensiones muy difíciles de analizar y hablar. Son dimensiones que se sienten, se cantan, que se lloran pero que no pueden ser analizadas, estudiadas fríamente y en donde, por supuesto, las estadísticas sirven de muy poco.

La crisis del Sur Andino es, por tanto, muy antigua y, a la vez, la actual crisis es una crisis terrible y promisoria. Las dos cosas a la vez. ¿Por qué? Porque ahora tenemos problemas en el Perú y en el Sur Andino que surgen en parte porque las mayorías de nuestro país empiezan a ser reconocidas como personas a través de sus propias luchas, a través de sus avances en la democracia. Y el problema es que en el Perú de los últimos tiempos no había sitio para tanta gente. La solidaridad era muy poca y, entonces, cuando era necesario compartir, se compartía

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

con pocos. Pero cuando muchos han entrado a exigir, nos encontramos con que la economía, el Estado y la ética no tenían en su universo a las mayorías nacionales y menos aún a la sierra rural. Era una ética acostumbrada a ser eficiente en familia, entre pequeños grupos de gente, pero no era ni una economía ni una ética ni una política ni un Estado acostumbrados a acoger y hacer convivir tanta gente que antes desde el punto de vista de Lima y los "Limas" del país, no existía.

La crisis, por lo tanto, es una crisis de muchos nacimientos. No es el crecimiento demográfico el problema –si es que es problema– principal. La novedad es que hay muchos más peruanos, no reconocidos anteriormente como tales, que están entrando en la economía, en la política y en la convivencia humana y cuya ciudadanía y conciencia crecen mucho más rápido que la propia población.

Del Perú de altura

El desencuentro todavía vigente tiene dimensiones ecológicas impresionantes. Si los problemas del Sur Andino son muy antiguos y muy profundos –y yo no voy a seguir tratándolos con la seguridad necesaria porque no soy capaz de hacerlo a cabalidad– si quiero decir que hay un cambio fundamental ocurrido hace poco en la Historia del Perú y voy a referirme sobre todo al período posterior a ese cambio drástico. Ese cambio drástico en la Historia del Perú ocurre hace 40 años, quizá 50. Empieza a ocurrir entonces. Y es que, a partir de entonces, con una velocidad única en la historia del mundo, una sociedad cuyas inmensas mayorías vivían encima de los 3,000 mts. de altura, ahora constituyen un país que vivirá en su inmensa mayoría, si las tendencias siguen así, debajo de los 1,000 mts. de altura. Sabemos que entre 1,000 y 3,000 metros no es fácil vivir por lo agreste de la conformación serrana. Pues bien, en pocas historias de la civilización universal se encuentra que, en plazos de dos o tres décadas, una sociedad cuya cultura era propia de 3,000 mts. para arriba, cambie drásticamente y decida

Javier Iguñiz

asentarse casi al nivel del mar, a un lado de la cordillera y ahora también al otro lado de la cordillera, en la selva. Quizás este solo hecho resume, mejor que otros, la crisis de las zonas altas del Perú, crisis del Sur Andino y de todas aquellas regiones que constituían, y todavía constituyen la raíz, la identidad, la esencia de lo que es ser peruano hoy y que, sin embargo, está desarrollándose cada vez más fuera de su lugar de origen, fuera de los paisajes.

Esta gran quiebra de los últimos 20, 30 años es tan compleja, tiene tantas razones, supone tantos efectos sobre la manera de vivir y pensar de la gente que, en sí misma constituiría la materia de otra Semana Social e incluso para dejarla inconclusa, porque no es un tema solamente científico, es a la vez un tema cultural, anímico y, yo diría también, espiritual.

Esta tendencia contra las zonas altas del Perú que, como digo, se cultivó durante muchos siglos y décadas y que en las últimas ha dado lugar a este movimiento masivo de la población, se aceleró en los últimos 20, 25 años, y se aceleró conforme el Perú mejoraba su situación económica. Cuando al Perú le va bien no necesariamente le va bien al Sur Andino, porque hay maneras en las cuales al Perú le va bien y la consecuencia sobre el Sur Andino es que su juventud, una gran parte de los más inteligentes en las escuelas, de los más audaces y con mayor iniciativa se van y dejan a los mayores, a los menos capaces en su lugar de origen. Revertir este proceso es algo muy grande a mi juicio. Así como las causas de este proceso son muy profundas y complejas y muy antiguas, las políticas para revertir ese proceso tienen que ser también de similar grandeza y, por lo tanto, estamos obligados a pensar con una grandeza y con un tamaño que no es fácil para nadie y menos aún cuando, en una crisis como la actual, casi cada día es un milagro y, en muchos casos, de ustedes en particular, sobrevivir un día más ya es un privilegio especial. Y, ¿cómo en este contexto pensar muy grande si el apuro por el día es tan urgente y no hay tiempo ni tranquilidad espiritual para reorientar de una manera equivalente a la necesaria, a una región como el Sur Andino?

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

LA MARGINALIDAD DEL SUR ANDINO
Subdesarrollo de capacidades

En esta segunda parte quiero recorrer rápidamente datos estadísticos que casi todos ustedes ya conocen, pero que, de todas maneras, nos recuerdan algunos aspectos de la situación actual, esto es, el punto de partida de la transformación necesaria. El punto de partida de una gran reorientación sin la cual, a mi juicio, el Sur Andino va a desarrollar un estado anímico insuficiente como para revertir estas tendencias contra el Perú de las alturas y particularmente contra el Sur Andino.

La pobreza es extrema en el Perú, y cuando hablamos de pobreza en el Perú estamos hablando en primer lugar, del Sur Andino. De acuerdo a la información existente al parecer, cinco de cada seis departamentos más pobres del Perú el año 61 eran del Sur Andino. Pues bien, según la última encuesta nacional de niveles de vida, cinco de los seis departamentos más pobres del Perú siguen siendo los del Sur Andino. Un cuarto de siglo después el Sur Andino sigue monopolizando prácticamente los últimos lugares de los mapas de pobreza de la realidad peruana. Durante ese período cambian a veces de ubicación algunos departamentos. Puno casi se escapó de esta situación, pero los problemas naturales, los desastres naturales de esta década devolvieron a Puno hacia ese tristemente privilegiado lugar de estar en la punta de los más pobres del país.

La esperanza de vida en los departamentos del Sur Andino es la más baja de todo el Perú. Menciono cifras: Huancavelica 47 años, Cusco 49, Apurímac 50, Ayacucho 52, Puno 52. Niveles extraordinariamente bajos incluso en un país tan pobre como el nuestro en donde el promedio es 61 años. Y, por supuesto, la causa principal de esta escasa esperanza de vida es la tasa de mortalidad infantil, que es extraordinariamente alta. Los cinco departamentos del Perú con mayor tasa de mortalidad infantil son los cinco departamentos del Sur Andino: 138%, 133%, 126%, 122%, 119%, en el mismo orden anterior. Ni siquiera un departamento tan serrano como Cajamarca, que está al norte y en donde la miseria es muy grande también, porque

Javier Iguñiz

vemos más cajamarquinos que de otro departamento pidiendo limosna en Lima, pues bien, ni siquiera Cajamarca parece tener una tasa de mortalidad infantil tan grande como las del Sur Andino.

Estamos, por lo tanto, en la frontera más pobre de un país muy pobre y, en consecuencia, en situaciones límites difíciles de describir por los que no vivimos en ellas, e incluso difíciles de describir para los que viven en ellas sin sentir directamente esta situación. Felizmente en el Perú ya comenzamos a tener datos sobre la vida y muerte del pueblo lo que ya es una manera de afirmar que hay ciudadanos que, por lo menos, empiezan a entrar en las estadísticas.

Debilidad económica

Siendo grave el problema de la pobreza se agrava más por una razón: las tendencias no son a revertir esta situación. La tendencia es a una marginalidad creciente. En 1987, la producción del Sur Andino se consideraba el 6% de la producción del Perú. Y ésto es muy importante porque los departamentos y las provincias, en relación a Lima y en relación a las grandes ciudades, se hacen respetar más si es que su producción es importante para esas grandes ciudades. El campesinado del departamento de San Martín es muy importante ahora, y cuando cierra las carreteras para que le paguen el maíz, en Lima nos damos cuenta. Nos damos cuenta porque ese maíz es decisivo para producir el pollo que comemos. Los departamentos y el campesinado que no llegan con sus productos masivamente a los grandes mercados (aquellos mercados que influyen en la política, que deciden las elecciones y que sirven para satisfacer las necesidades de poder) tampoco tiene poder o lo tienen mucho menos. Y entonces ese porcentaje de la producción que hemos mencionado antes no es sólo un dato económico, es también un dato gremial y político.

En general esta situación se comparte con todo el mundo rural andino, no sólo en el Sur. Según una cifra de las mejores que tenemos, el mundo rural o tradicional —y esta cifra es para

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

el año 1981— produce el 4.8% de la producción del Perú. Incluso dentro del mundo rural, el rural moderno, compuesto por empresas modernas agrícolas y unidades de producción también modernas producen el 9.6%, exactamente el doble. Por lo tanto, el mundo rural tradicional, denominado injustamente andino, produce poco pues incluso dentro de la agricultura produce alrededor de 1/3 de lo que produce en alimentos la agricultura peruana. Este dato a mí siempre me es muy chocante, me es muy duro porque tiene que ser radicalmente alterado si es que va a haber alternativa para el mundo rural andino. La otra posibilidad es producir poco, pero producirlo con tal eficiencia o generar productos de tales características especiales que aún cuando sean pocos en cantidad sean muy ambicionados, sean realmente muy requeridos. Esto supone que la alternativa para el pueblo altoandino pasa por o producir muy barato, mucho más barato que ahora, o por producir productos muy especiales que no se generan en ningún otro lado. El campesino andino se hará respetar como productor y como ciudadano mucho más rápida y completamente si produce mucho y es imprescindible para abastecer los mercados, cosa que actualmente no sucede en muchos de ellos o, más aún, si produce algo muy especial que sólo él produce y nadie le compite. ¿Produce barato? La productividad del trabajador rural andino es 1/3 de la productividad del trabajador rural moderno del país. Un tercio en promedio, y ustedes saben que los promedios nunca expresan con fidelidad las diferencias existentes, atenúan las diferencias entre los extremos aunque también ensanchan aquellas existentes entre los cercanos. Es un sector que no vende mucho y es poco productivo pero ¿compra? Sabemos bien que si no vende mucho tampoco puede comprar. El ingreso del mundo rural andino es la mitad del ingreso del mundo rural moderno y esta tendencia es internacional. Esta tendencia se ve en EE.UU. donde el agricultor no es andino, tiene TV a colores en su casa, dos o tres automóviles y aún así en los últimos diez años ha sido sacado del campo por las grandes empresas agroindustriales y agrícolas y ha dejado su tierra para irse a la ciudad.

Javier Iguñiz

En estas condiciones, la gran pregunta, el gran misterio, es el que se refiere a la fuerza del campesinado andino para seguir enraizado en su tierra cuando las diferencias son tan grandes. Incluso entre Paruro y Cusco, las cifras nos muestran que el ingreso por trabajo en Cusco, el ingreso por trabajo, no el ingreso del empresario, es cuatro veces más grande que el ingreso por trabajo en la provincia de Paruro. Y entonces, la pregunta que uno se hace ¿por qué todavía vive gente en Paruro? y sólo es posible una respuesta desde el mundo de la cultura, porque desde el mundo de la economía esas diferencias no tienen respuesta. Desde la economía hace tiempo que casi nadie debería seguir en Paruro dadas las enormes diferencias que hay entre el trabajo en un sitio y en otro. Si no vemos este problema desde el lado de la cultura, desde el lado de la cultura campesina, y andina en particular, la economía no dará una respuesta satisfactoria.

LAS PERSPECTIVAS ACTUALES DEL SUR ANDINO

Lo peor de todo no es la situación, sino las perspectivas. El futuro no es favorable al Sur Andino si es que no hay, insisto, una gran reorientación surandina y nacional, y por eso es que tenemos que pensar en términos técnicos, en términos científicos pero también en términos políticos, étnicos y religiosos. Incluso la tarea de evangelización requiere del optimismo histórico de este nuestro pueblo andino. Esa tarea no puede reemplazar totalmente la ausencia de opción, tiene que acompañar, para sostener y enriquecer, una esperanza que tiene que provenir de muchas fuentes, a las cuales se añade desde este trabajo pastoral en el que están bastantes de ustedes su propio testimonio. Digo que el futuro no es promisorio por una razón, por varias:

La calidad de la vida

En primer lugar, el futuro de un pueblo depende en buena parte de sus capacidades humanas y éstas de la calidad de su

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

vida y ésta es tan mala en el Sur Andino, la malnutrición es tan grande, las dificultades en la educación, sobre todo en su calidad, son tan grandes, como ustedes conocen, que el personal del futuro se está formando en condiciones desfavorables respecto del personal juvenil que está formándose en otras partes del país y más todavía del mundo, al cual no voy a aludir esta vez porque sería demasiado. Antes he recordado la situación resultante de la marginación. Ahora quiero simplemente recordar que esa situación es clave para el futuro y no sólo resultado del pasado. La malnutrición crónica en la costa es 22%, en la sierra 55.6%. En la sierra, en otros términos, más de la mitad de la juventud tiene malnutrición crónica y eso sabemos bien qué quiere decir para su futuro, para sus capacidades intelectuales, para su agilidad mental, para su capacidad de liderazgo y de organización. Mientras no cambie la situación actual, el Sur Andino está produciendo su personal regional en inferioridad de condiciones.

La migración de la juventud

En segundo lugar, al interior de esta situación, el Sur Andino no retiene a sus mejores jóvenes en su totalidad. Retiene a parte de ellos y otra parte se va. Aquellos que lograron mejorar esa malnutrición, aquellos que ya revelaron, por un proceso casi darwiniano, que sobrepasaron una miseria y una situación crítica por su potencialidad y que son efectivamente juventud selecta, incluso en el sentido de haber superado situaciones tan críticas, aquellos decía, en muchos casos no se quedan, y se van a otras regiones del Perú, donde van a aportar. Y eso hace también que haya una gran dificultad para la transmisión creativa y dinámica del conocimiento antiguo, de la cultura agraria o la transmisión creativa y dinámica del conocimiento tecnológico moderno, que sabemos que es posible y es necesario en la agricultura campesina. Nada más –y nada menos– que para homogenizar la tecnología que se utiliza actualmente al interior del propio mundo del campesinado se requiere esa juventud. Al no haber parte de esa juventud, no hay

Javier Iguñiz

quien lo acoja de los mayores o de los más innovadores, de los más agresivos tecnológicamente, porque la juventud es típicamente la que recoge el conocimiento de los ancianos, de los mayores o la que recoge lo nuevo con mayor facilidad.

Del Sur Oriente al Nor Occidente

Finalmente, la ruta de desarrollo nacional, de seguir así, no es promisoría porque las grandes inversiones en infraestructura, energía, etc., no necesariamente se van a hacer en esta región, a no ser que se pelee firme por que se hagan en ella. La zona energética privilegiada sigue siendo la central y la nueva sigue siendo la que surge del oleoducto norandino y que va hacia Piura. La tierra irrigada no se está extendiendo principalmente en esta región surandina. Mas bien seguimos hablando en el Perú de Chavimochic, de Olmos y de proyectos de irrigación en la costa norte del país y nadie tiene fuerza suficiente como para equilibrar esta tendencia clásica e histórica iniciada en la época oligárquica del país. Por otro lado, la industria de fertilizantes tendrá a acercarse a Bayovar, que es el gran campo de fertilizantes para exportación y para la economía nacional. El transporte y el mercado interno están desarrollándose con mayor regularidad y precisión en la costa norte del Perú y estamos viendo una reubicación del mapa económico y poblacional del Perú que, si sigue así, va a ser trágica para el Sur Andino. Por eso es urgente esa gran reorientación geográfica y política del Perú a la que hemos aludido antes ¿Por qué?

A mi juicio, el país se está desarrollando hacia el alargado núcleo que va entre Piura, Chiclayo, Trujillo y Chimbote, sin destacar la zona agrícola del "Norte Chico" de Lima que llega hasta Barranca. En el último cuarto de siglo (1961-1987) la población de los departamentos de Piura, Lambayeque y La Libertad ha crecido 112.1% mientras que la de los cinco departamentos del Sur Andino 41.3%. El PBI de los departamentos costeros en 1979 era de 64% superior al de 1961 mientras que en los 5 departamentos del Sur Andino era 19.9 inferior. En

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

1985 el PBI de los departamentos costeños era 3.3% superior al de 1980, mientras que en el caso de los andinos era 0.5% menor. Esto ha resultado en un cambio de importancia relativa de ambas áreas. En 1961 el PBI de los cinco departamentos andinos era 6.7% mayor que el de los tres norteños. En 1979, era 48.0% menor. Este proceso de crecimiento y de creación de condiciones de desarrollo es ayudado por una sierra más baja y delgada que la del Sur Andino que conecta la costa norte con el desarrollo agrario de la ceja de selva y selva en Amazonas y San Martín y que ahora se expande comercialmente debido a la producción de coca y, cada vez más, de pasta básica de co-caína.

Cuando uno ve las cifras y ve las tendencias regionales en el Perú, uno siente que el Perú está siendo absorbido hacia arriba y vaciado por abajo. Y las tendencias son firmes, a pesar de que están atenuadas por la crisis. Es por eso que es urgente, a mi juicio, en esta Semana Social y en muchos foros que tenemos en la Universidad, en centros de investigación, que declaren una especie de estado de emergencia pero por 40 años en el Sur Andino. Las políticas que se diseñan a favor del Sur Andino, o tienen 40 años o no van a revertir ese curso de reubicación geográfica que traslada el progreso, llamémoslo así, en el Perú hacia regiones justo en el lado opuesto del Sur Oriente, o sea al Nor Occidente del país.

El problema que tenemos, por lo tanto, es muy grave, en parte por la profundidad histórica del mismo, por los siglos de opresión, de destrucción de la cultura agraria, que era más desarrollada que la europea en el momento de la conquista. No sólo tenemos esas capas geológicas profundas que todavía están fracturadas y que no han sido soldadas sino que la manera de enfrentar el viejo orden colonial y oligárquico desde los '50 hasta los '70 también es una manera de marginar al Sur Andino y entonces nuestra salida no es sólo dejar de lado, derrotar de una vez por todas el viejo orden colonial y oligárquico que sigue, lamentablemente, vigente aunque en repliegue y debilitado en el Perú, sino que tenemos que decidir cuál es la manera de desarrollo nacional, del desarrollo del Estado, que sean

Javier Iguñiz

desarrollo nacional, peruano, pero a la vez desarrollo surandino.

Porque cualquier desarrollo peruano no será desarrollo surandino. Y eso es un punto para mí decisivo –y por decisivo no entiendo sólo inteligente, por decisivo entiendo fuerte, poderoso, muy masivo– para obligar a que el Perú en su conjunto reformule la ruta del progreso que, aunque ahora está en crisis, va a continuar en una dirección similar a la del pasado. Si no hay una fuerza desde acá que obligue a reformular esa ruta, el progreso del Perú no va a ser el del Sur Andino.

OPORTUNIDADES EN LA CRISIS

¿Tiempo propicio?

En este sentido, espero haber fundamentado lo grande de la tarea. ¿Qué significa la crisis actual para su enfrentamiento? Estamos viviendo en los últimos 15 años una situación muy especial, de gran crisis. La crisis en el Perú, como ustedes saben, es la más larga de América Latina y también la más profunda. Ahora estamos compitiendo con Nicaragua en profundidad, pero la de este país hermano tiene factores explicativos, que nosotros no hemos tenido. Nuestra crisis ha sido muy importante y sigue siendo muy importante para el Sur Andino. ¿Por qué? Porque gracias a esa crisis el Perú ha tenido que mirar un poco más que en el pasado hacia su sierra, y ello ha ocurrido por una razón muy sencilla y es porque tradicionalmente la costa del Perú, cuando la sierra no producía o producía caro, o había desastres naturales, automáticamente compraba del extranjero y olvidaba nuestra agricultura. Las importaciones de alimentos han sido el principal enemigo del campesinado peruano. Y en la costa, hay que decirlo con claridad, las grandes mayorías van a preferir comer importado a comer nacional. Lo primero que van a preguntar no es de dónde viene sino si es accesible y la tendencia histórica del Perú ha sido tener la comida más accesible viviendo del mar, por eso nuestra agroindustria está en el puerto, no está en la sierra. La crisis actual

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

es también la crisis de una manera de marginalizar las regiones altoandinas del Perú. No todo en ella es por tanto negativo. Hay que evaluarla en detalle. Yo iniciaré algunas reflexiones al respecto sin pretensión de exhaustividad o de gran precisión. Quiero sugerir la necesidad de mirar la crisis como oportunidad a aprovechar.

La larga crisis desde el año 1975, en la cual nos encontramos, ha sido un momento muy especial, porque no teníamos dólares, y al no tener dólares no era fácil comprar alimentos de fuera. Y, por otro lado, los dólares se encarecían, la moneda nacional se devaluaba, y al devaluarse la moneda nacional se encarecían las importaciones. Al hacer más caras las importaciones también se colocaba al productor nacional en mejor situación para competir con mejores precios. Y ésto sucedía incluso con la papa, el producto más peruano de todos. Se ha encontrado que cuando el precio del trigo sube porque se devalúa la moneda nacional, el precio de la papa también sube y el campesino, o el intermediario según los casos, se benefician.

Debo confesar que yo tenía la esperanza, hace varios años cuando analizábamos esta crisis, que la crisis terminaría teniendo un efecto positivo en lo que se refiere a la sierra del Perú. Lima está en crisis, la costa está en crisis, no hay dólares, el producto agrícola importado se hace más caro, por lo tanto, el productor agrario nacional debe estar mejor. Además, las capitales de departamento del Sur Andino eran las únicas en las que la población crecía a un ritmo similar o superior al del período anterior a la crisis, mientras el resto de ciudades del país crecía a tasas menores. Quizá habían razones poderosas que retenían más población en la sierra sur, razones positivas y no sólo la profundidad de la crisis costeña. Tal era la expectativa. Después de 15 años de crisis no es claro que esto sea así, lamentablemente. ¿Por qué? Porque cuando vemos las cifras, que casi coinciden con los 20 años del IPA, y vemos qué ha pasado con el producto per cápita de los distintos departamentos del Perú, encontramos algo muy interesante y es que el producto per cápita de los departamentos del Sur Andino ha mejorado durante la crisis del país más que el producto per

Javier Iguñiz

cápita de Lima. El Sur Andino, en términos de producto por habitante, ha mejorado relativamente hablando. Pero ¿a qué se debe esta mejora? La razón principal de esta mejora se debe no como yo creía antes a que la producción agrícola ha aumentado mucho en vista de que las importaciones ya no podían seguir aumentando. En parte ha sido así, por eso es que la producción agrícola durante la crisis es una parte ligeramente mayor que la producción de todo el Perú. La razón principal por la cual el Sur Andino mejora relativamente es porque la población se está yendo de la región y entonces el número de personas crece muy lento. Si la situación de Lima empeora relativamente no es porque su producción crezca negativamente sino porque, al recibir tanta gente, su producción —en crisis— crece más lento que su población, incluida la migración, y entonces el producto por persona en Lima cae.

Por lo tanto de las cifras que tenemos yo tiendo a sacar la conclusión, que habrá que debatir en esta semana, que, lamentablemente, la crisis grande que vivimos en el Perú desde 1975, no va ha hacernos, por sí misma, el trabajo de homogeneizar el país y que ese trabajo o lo hacen las regiones concientemente y con su esfuerzo o no lo hace nadie. La crisis, aunque relativamente beneficiosa, y sin duda aprovechable, no parece cambiar las tendencias largas de marginación del Sur Andino, pero tampoco las cambia la política del gobierno.

La política económica centralista

La relación entre el Gobierno Central y las regiones es una relación compleja que no es fácil analizar. Por ejemplo, en Lima, los sectores populares, especialmente la clase obrera se queja, y con razón, de las devaluaciones de la moneda nacional. Cada vez que hay devaluación, el salario real cae, y la miseria crece. Pero en el campo, o por lo menos en muchos sitios del campo, no es así, sobre todo en el campo de Piura o en el campo cafetalero: las devaluaciones aceleradas, casi siempre mayores que la inflación, normalmente benefician más que

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

perjudican. La situación es similar en el caso del sector lanero, aunque probablemente los beneficios no se quedan en manos del pastor. A la vez, sin embargo, las mismas políticas que encarecen la importación de alimentos, y que benefician por lo menos a una parte del campesinado, esas mismas políticas reducen los subsidios a los fertilizantes, y el campesinado sufre como consecuencia de eso.

La política económica desde el Gobierno Central tiene efectos muy complicados sobre el campo. No es posible desde Lima decir: "tal política beneficia al campo". Algunas políticas, por ejemplo, estabilizadoras de precios adecuados tienden a tener efectos netos claramente positivos pero muchas de las políticas agregadas o globales tienen efectos positivos y negativos, y nunca claros como para que sean políticas de largo plazo en las cuales pueda confiar el productor agrario y arriesgarse a invertir y ahorrar. La política económica agraria tiene que descentralizarse en gran medida en función de cultivos particulares y de regiones o de grupos de regiones aliadas para impulsar políticas convenientes. La crisis debe ser aprovechada para impulsar políticas agrarias desde los nuevos gobiernos regionales individualmente y aliados con otros gobiernos.

Pero la relación de la política central con las regiones es también complicada porque parte de la economía de las ciudades en las regiones depende del Estado, son capitales de provincias, muchas veces sustentadas en la burocracia, sin base económica propia y, por tanto, sostenidas por el Gobierno Central. Esto reduce la autonomía de las regiones y su fuerza para reivindicar recursos para toda la región, para su ciudad, pero también para su campo. En la crisis, las políticas del Estado, al reducir los gastos, reducen drásticamente la capacidad económica de los sectores sostenidos por el Estado y, en consecuencia, de las ciudades provincianas. La ciudad de las regiones cae y sufre con la crisis. La crisis debe ser el momento de relacionar estrechamente el campo con la ciudad provinciana, de "ennoblecer" productivamente la sociedad urbana provinciana dándole un cimiento productivo regional y más autónomo del Gobierno Central. Sin éste proceso, la debilidad de las élites

Javier Iguñiz

urbanas regionales frente al Gobierno Central se mantendrá sobre la base del aislamiento de los productores del campo y los habitantes de las ciudades.

A largo plazo el efecto de la política central en momentos de crisis como la actual es fatal sino se reacciona frente a ella. Uno de los efectos claramente negativos de la crisis es que se registra en la inversión pública en vías de transporte, en comunicaciones, en infraestructura, y sabemos bien que el mundo de la producción agraria no puede avanzar sin esas bases mínimas de comunicación con los mercados, con los centros de acopio y con otras instalaciones. En sociedades dinámicas, crisis de este tipo han sido respondidas con procesos de integración interna, de consolidación de espacios nacionales o regionales en vista de las dificultades de relación con el mundo más amplio. Los mercados cercanos tienen más ventajas en estas condiciones de crisis que los lejanos. Eso sí, es fundamental retener la mayor población posible cerca de los lugares de producción para ampliar los mercados regionales. La crisis es un momento adecuado para la integración regional.

Con políticas descentralistas más sólidas y con mayor integración interna, el proceso cultural de la región puede retomar un dinamismo y un curso superior cualitativamente hablando. La crisis afecta mucho las regiones también porque destruye la investigación que se hace en el Perú, que es tan pequeña, tan frágil y a la vez tan fundamental. Los presupuestos del Gobierno, cuando caen, caen mucho en las instituciones encargadas de la investigación, y entonces hay un problema de largo plazo, casi definitivo, que es difícil pero esencial revertir.

La principal dificultad es la interna

A pesar de sus inmensos costos, la crisis actual es pues un momento de oportunidad. Es una gran oportunidad porque, si bien no parecen cambiar las tendencias históricas a la marginación, sin embargo sigue siendo principalmente una crisis de

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

la ciudad, de la costa, por unos años. Creo que esta oportunidad es el momento del desarrollo de un poder regional. Esta regionalización actual, que está mal hecha, sin plazos, sin tiempo adecuado para hacerla bien, con defectos de diseño, es aún así una manera, y quizá importante, de pensar en grande sobre la región y, pensando en grande, juntar mucha gente. Lograr que grandes masas se compren un pleito regional. Porque me parece también, y mis opiniones no pretenden no ser polémicas, que la vocación descentralista, regionalista, es todavía muy débil. Siento que las grandes masas campesinas, las grandes mayorías no se han comprado el pleito de la regionalización, del desarrollo de un poder regional, de una afirmación política de la región frente a Lima y frente a la costa. Sus luchas no han afirmado este aspecto del problema, esta comunidad de intereses con la ciudad provinciana. Todavía es un objetivo de algunos sectores minoritarios de la ciudad y de algunos sectores políticos dentro de la ciudad, más que una aspiración global, masiva. Siento que todavía no hemos salido del dominio del autoritarismo y del localismo, que muy lentamente estamos pasando a la aspiración por la democracia y por el regionalismo. Y a mi juicio sólo un gran poder regional, muy activo, muy agresivo y audaz va a ser capaz de reorientar las inversiones grandes, de reorientar el capital. Y creo que la posibilidad está en buena parte allí, con los Gobiernos Regionales.

Guerra y Paz: proyectos de poder

La situación de creciente violencia frustra esta tendencia hacia la afirmación de una cultura y de una movilización de grandes masas regionales. Esa oportunidad para desarrollar una gran ambición regionalista frente al poder central está siendo debilitada y puede ser derruida por el desarrollo de la violencia en la región. Cuando la violencia ocurre en una provincia lejana del Perú, para la gran capital, para el poder central, es un asunto secundario. Todavía el Perú es así. La violencia que no está al costado de nuestras vidas todos los días, desde Lima todavía es un dato periodístico, no es un hecho que

Javier Iguñiz

impacte de manera suficiente como para tomarlo en serio. Esa es la trágica realidad de este gran egoísmo y de esa gran ausencia de reconocimiento de conciudadanía y fraternidad que vivimos en el Perú. Y el proyecto violento no es un proyecto débil. No es un proyecto que va a ganar, pero no es un proyecto débil, un proyecto cualquiera.

A mi juicio, y someto también estas reflexiones para el debate posterior, ese proyecto tiene un ingrediente muy importante en el Perú, que es el problema del poder. S.L. no ofrece una sociedad alternativa que recoja las aspiraciones de las mayorías en el Perú. Creo que no. Creo que propone el regreso a viejos autoritarismos por razones que habría que analizar con más tiempo, y que no son las aspiraciones de la juventud del Perú de hoy, por muy hambrienta que esté. Pero S.L. ofrece algo muy importante: poder. La seducción del poder es muy grande y es muy eficaz. A alguien que ha vivido siempre atemorizado, que alguien le ofrezca: "tú vas a ser temido", no es poco. Que alguien que ha vivido en el riesgo de su vida o que ha visto morir a su costado, que alguien le diga "mira tú vas a determinar sobre la vida de los demás", no es poco. Y en una cultura en donde la opresión puede ser mayor que la miseria, un proyecto que ofrezca poder es necesariamente fuerte.

El gran reto, entonces es qué otra apuesta de poder existe para dársela a la juventud que no quiere sólo pan, que quiere asumir responsabilidades, quiere ser "jefe", quiere decidir, y no sólo vivir. Y en el concepto de dignidad propio del Perú, el elemento de la responsabilidad y del poder democrático y respetuoso es un elemento, a mi juicio, fundamental. Porque está en capas geológicas muy profundas del alma nacional que la indignidad no es sólo miseria, es también opresión y debilidad, impotencia. Creo que este proyecto de violencia tiene límites estructurales definitivos que ya empiezan a verse. Desde la izquierda, es fácil reconocerlos. Las acciones de Sendero llevan al extremo, y con gran consecuencia, defectos llamados infantilistas y destructores que fueron muy comunes en la historia política de la izquierda y que todavía no se corrigen del

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

todo. Son esos mismos defectos los que han ido destruyendo y despolitizando la universidad, empujando al movimiento sindical a callejones sin salida y reduciendo la fuerza social, económica y política del campesinado. Los intereses de Sendero conforme avance hacia las organizaciones del pueblo y las ciudades serán cada vez más contrapuestos a los de las mayorías nacionales. Su avance y su aislamiento se alimentan y por eso crecerá su crueldad. Es necesario contraponer un proyecto de paz que incluya la democratización del poder y su ejercicio por grandes contingentes y por los mejores del pueblo. El proyecto de paz no sólo es de denuncia de la injusticia, de corrección de injusticias, es necesariamente un proyecto de poder alternativo, democrático, respetuoso, eficiente y ambicioso. Por ello legítimo, conquistado y defendido.

Pero no hay que esperar que razones estructurales debiliten o destruyan una fuerza política que propone la guerra como única salida al país. En ese sentido, creo que el testimonio de agentes pastorales y dirigentes es importante para elevar la fibra moral del conjunto del país.

GRANDES PROBLEMAS, GRANDES ALTERNATIVAS

En la exposición estoy planteando un diagnóstico muy duro del problema. Como todo diagnóstico es discutible, pero prefiero haber tratado así el problema pues, cuánto más críticas existan al planteamiento, más probable será que la dureza del diagnóstico se reduzca y aparezcan nuevas posibilidades de enfrentar los problemas. Pero yo siento la necesidad de no evadir la gravedad del problema que tiene que ser enfrentado.

Dentro de un proyecto nacional

Quiero formular algunos criterios de tipo general porque no quiero entrar en detalles. De hecho, ustedes los conocen mucho mejor que yo y es la materia de esta semana de trabajo.

Javier Iguñiz

En primer lugar, quiero decir que el Proyecto Regional que hay que tener –y entiendo por regional algo por el momento impreciso, aunque tengo en mente al espacio surandino en su conjunto– tiene que estar enmarcado y aportar a la definición misma de un proyecto nacional. Creo, como ya lo dije al comenzar, que no todo proyecto nacional, incluso exitoso en muchos aspectos agregados, es positivo automáticamente para el Sur Andino. Por lo tanto, si el Sur Andino no sólo no tiene un proyecto para sí, para la región, y junto con él no propone y fuerza un proyecto para el conjunto del país que respete y promueva el Sur Andino, veo muy difícil revertir las tendencias antes señaladas. Es por eso que un proyecto del Sur Andino, me parece, tiene que ser pensado en los términos de un proyecto de división nacional del trabajo. No puede ser un proyecto aislado.

Esa división nacional del trabajo no es fácil porque la realidad de la comunicación y del transporte en el Perú es excepcionalmente difícil. Nuestra sierra es un problema para los medios de transporte que van por tierra. A largo plazo el futuro de la sierra pasa por la comunicación aérea y por otros medios de comunicación. Este aspecto del problema es muy importante y muy urgente en el contexto mundial sobre el cual no he hablado y no hay tiempo para hablar, que está en una revolución técnica y científica, que está reduciendo costos de maneras muy rápidas, que está desarrollando la comunicación de manera impresionante, que esta revolucionando la agricultura y diseñando una agricultura que no requiere tierra y que hace de la tierra prácticamente sólo el sostén de la planta pero no la nutrición de la planta. Estaremos pronto frente a una agricultura que está siendo transformada a nivel mundial, que todavía no nos toca felizmente, pero que cuando nos toque hay que estar preparado para ver que se hace al respecto. Añadir valor agregado en el propio lugar de producción y cambiar cultivos hacia productos de muy alto valor unitario es una obligación ineludible para contrarrestar los costos de transporte derivados de la geografía. Esos productos podrán así competir en el mercado interno e internacional e incluso

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

justificar el transporte aéreo. Desde este punto de vista quizá lo más seguro en lo inmediato aunque no lo único, es el procesamiento de la lana de alpaca.

Esta división del trabajo no sólo tiene que mirar la cultura agrícola anterior, tiene que mirar la cultura que está siendo difundida en el mundo en este momento, y que va a ser la cultura agrícola del siglo veintiuno. No estamos frente a un problema intelectual para enfrentar ese siglo veintiuno, es un problema de cambiar las condiciones de vida de la población, de manera que los jóvenes que viven en esta región tengan el acceso a esa información, a esos conocimientos y, en una o dos generaciones, absorban ese proceso en marcha, con gran facilidad y con gran capacidad de adaptarlo. Pero para ello los jóvenes tienen que quedarse en el Sur Andino; tienen que resistir la tentación de la salida y enraizarse para acoger esa tecnología internacional y, junto con lo tradicional y lo antiguo, generar algo nuevo.

Desarrollar las especies peculiares de la cultura andina me parece condición indispensable, mientras se aprenden las nuevas tecnologías agrícolas que vendrán de fuera y que requieren tiempo de aprender.

Si ese es el problema hay que transportar lo menos posible, hay que transformar lo máximo posible en la propia región todo aquello que sale de la naturaleza o de la inteligencia del hombre. Creo que una política a 30 años de plazo es una política obsesionada y radical dirigida a sacar cada vez menos los productos tal como se extraen de la naturaleza y a transformarlos acá de manera eficiente y competitiva. Pero hay que insistir, esto supone que la juventud se quede, porque sino es así ¿quién va a hacer agroindustria, la apicultura, la acuicultura, las confecciones de calidad con lana de alpaca?. Sólo una juventud que tiene como espacio de progreso la región y, desde ella, la nación peruana.

Un factor que impulsa hacia un proyecto regional que sea simultáneamente nacional es la universalización de pautas de consumo. Este tema está también en debate. Con algunos de ustedes lo hemos debatido durante varios años y sigo pen-

Javier Iguiñiz

sando que es un asunto crucial. Los medios de comunicación a nivel internacional, y en Lima y provincias también, están universalizando pautas de consumo. Incluso en regiones como el Sur Andino, el proceso universalizador avanza sobre todo entre la juventud, aunque a ritmo más lento que en otras partes. Si esta tendencia prosigue como normalmente ocurre en todas partes, la única manera de satisfacer necesidades populares mayoritarias, que cada vez son más universales, es que la región sea muy competitiva económicamente y pueda adquirir productos que nunca jamás producirá el Sur Andino ni debe intentar producirlos. Pensar en un proyecto tecnológicamente autárquico, o culturalmente autárquico o consumísticamente autárquico me parece pensar en una imposibilidad histórica total. Me parece importante que esto se debata en la Semana Social para ver si este problema es percibido.

Fuerza económica y fuerza política

Por eso me parece que lo que está en la agenda de los próximos años y décadas, quizá durante dos o tres décadas, es una movilización regionalista como marco de un proceso de desarrollo económico y de distribución democrática del poder, dentro de la propia región y en el país en su conjunto. Esa movilización regionalista me da la impresión que tiene que basarse en primer lugar en un proyecto político democrático que afirme en el Perú la región surandina. Hay que lograr que la movilización la afirme políticamente, porque el Sur Andino, produciendo alrededor del 5% de la producción nacional, no puede empezar a revertir esa tendencia histórica de marginación sobre la base de su poder económico exclusivamente. Eso lo puede hacer el Valle del Mantaro y la sierra central y quizá lo puede hacer San Martín y la Selva Alta, pero ya no siento que desde la pura fuerza económica el Sur Andino puede decir: ¡un momento! respetos guardan respetos. Es por eso que creo que el proyecto de los gobiernos regionales es una pista importante para sumar fuerza política.

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

Creo, eso sí, que todo se juega, o casi todo en la presencia del campesino en las asambleas regionales. Tengo la impresión de que si esas asambleas regionales son la expresión de los poderes provincianos locales, ciudadanos, de las élites burocráticas y profesionales de la ciudad, repetimos el viejo esquema colonial donde la principal opresión directa era de las élites de la propia provincia con el campesinado más cercano.

Por eso creo urgente la presencia poderosa del campesino en esas asambleas regionales, porque sólo así la afirmación frente a la costa y a Lima será a la vez democrática, y no la reproducción de una pauta de nuevo autoritarismo de la ciudad sobre el campo, de las élites burocráticas y profesionales liberales, comerciantes, intermediarios, banqueros, etc., sobre el productor agrario.

Creo además que ese poder político democrático es urgente para potenciar el movimiento social. Movimiento social fuerte en provincia débil dentro del Perú es débil. Esa es la regla. Aunque el movimiento social sea grande, si es una provincia débil, llega débil al poder central y entonces hace falta fuerza política que esté junto al movimiento social, y fuerza política grande al interior de la cual el movimiento social logra las reivindicaciones que busca. De no tomarse esto en cuenta creo que la tentación de un radicalismo que contrarreste la debilidad objetiva se hará sentir. A la vez, ese movimiento social fortalece el poder político, le da sustancia social, base.

Con un proyecto de desarrollo propio

En segundo lugar, creo que hay que tener un proyecto de desarrollo regional o macroregional. Para ello hay posibilidades, recursos, energía. Parecería que el gas de Camisea tiene que ser la fuente de recursos energéticos desde Quillabamba y la propia Camisea hasta Moquegua y Tacna. Estoy hablando a 30 años plazo, pero creo que hay que tener esas rutas de lucha a 30 años plazo y pelearlas desde ahora.

Javier Iguiñiz

La energía barata debe ser un compromiso del Perú con la región sur andina por los próximos 40 años, y esa debe ser una lucha obvia y permanente.

Respecto a los excedentes siempre ha sido para mí un problema ver de dónde pueden salir los excedentes surandinos para el Sur Andino. Los departamentos altoandinos son muy pobres aunque las necesidades de inversión son en muchos casos pequeñas. La existencia de la pequeña minería en Huancaavelica, de Tintaya, etc., no resuelve de una manera sencilla el problema. Sabemos que en la historia de los grandes procesos de acumulación, de progreso, tanto capitalistas como socialistas, se han basado en los excedentes extraídos al campesino. El campesino ha sido el que ha pagado la etapa inicial del desarrollo. Nosotros no podemos hacer eso. ¿De qué va a pagar? No tiene con qué. Yo estoy contento –no sé qué piensen ustedes– de que en la región sureña del país Puno esté con Moquegua y Tacna. No pienso solamente en la reunión política de los puneños disgregados; creo que hay que lograr que los grandes excedentes de la gran minería de exportación, que Lima quiere siempre absorberlos y los absorbe con regularidad, en una buena parte se vengan para acá. Podría generarse en la macroregión del Sur Andino un gran intercambio en el que los excedentes suben de Moquegua y Tacna hacia el Altiplano, llegando a establecerse un intercambio que genere energía barata para la región y para la gran minería reteniéndose los excedentes generados en el Sur. Allí hay algo grande que quizá constituye un cimiento de varias décadas para pensar un proyecto de desarrollo bastante autónomo y de crecimiento interno.

Hay muchas otras cosas que hacer. Las capacidades humanas de la región surandina están ahí. Los investigadores agrarios nos han enseñado que hay tal diferencia entre productividades de campesinos que es posible homogeneizarlas y homogeneizándolas, dicen ellos, puede aumentar la producción agrícola en 50% sin ninguna tecnología nueva, nada más que haciendo que todos usen la tecnología que algunos campesinos ya están usando. Sólo difundir la tecnología existente,

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

sin traer nueva, sólo eso ya sube 50% de la producción agrícola. Esas capacidades están allí, pero insisto, creo que la juventud es la clave porque ella es la que tiene que acoger y difundir rápidamente el conocimiento y cortar con la lentitud actual. La agroindustria, las confecciones de lana, y otros productos que ustedes conocen mejor que yo, creo que son potencialidades regionales bien importantes. Creo que hay potencialidades, pero tienen que ser enmarcadas, insisto, en un proyecto muy grande que ofrezca energía, excedentes, que obligue a la inversión, que dé oportunidades a la iniciativa de todo tipo y que genere empleo en la propia región. ¿Dónde?

Siempre pienso que el eje que va desde Quillabamba hasta Puno por todo el Valle Sagrado y por las ciudades intermedias del altiplano constituye una columna vertebral de desarrollo de agroindustria, de industria de confecciones de calidad, de muchos productos como para que las comunidades campesinas y las microregiones se empalmen como las vértebras en un gran cuerpo surandino que sea el eje de la reversión de esta tendencia hacia el Nor Occidente que estamos viviendo en el país y que atraiga hacia el Sur Oriente muchos de los recursos que en este momento se están yendo para arriba. Creo que esa combinación de campo con ciudad, de Quillabamba con Cusco, Cusco con Sicuani, Sicuani con Ayaviri, con Azángaro, con Juliaca y con Puno, todavía pequeños en población frente a Piura, Chiclayo, Trujillo, Chimbote, puede con gran voluntad política reemplazar la debilidad del pequeño mercado relativo y convertir la región en un centro de transformación económica.

Asumir responsabilidades

¿Quién asumirá éstas y las muchas otras tareas necesarias para sacar al Sur Andino de su trayectoria de marginación? Es natural decir, no sólo por quedar bien, sino porque es real, que esto sólo lo puede hacer la población del Sur Andino. De Lima, de la costa, no van a venir energías, ni siquiera voluntad, a pesar de la cantidad de migrantes que hay allá, para que un

Javier Iguñiz

proyecto de esta magnitud tenga el tamaño y la capacidad necesarias para cambiar de dirección la manera geográfica del desarrollo peruano. Fuerzas y capacidades internas son las principales. Y acá hay que recurrir a las personas. Yo tengo la impresión de que durante muchos años los que hemos propuesto alternativas, hemos propuesto instituciones, creyendo algo así como que las instituciones iban a hacer a las personas, como que un campesino dentro de una empresa comunal iba a ser mejor que de otra manera, que un campesino dentro de una cooperativa iba a ser automáticamente mejor que un campesino parcelero, en fin, que las instituciones y las estructuras iban a hacer a las personas. Sabemos bien que las estructuras influyen mucho en las personas, no quiero revertir ahora la argumentación, y negar la anterior, pero sí querría poner en debate la necesidad de una manera más balanceada de ver las cosas. Cuando uno estudia experiencias de autogestión al final resulta que no es la autogestión la que produjo el éxito; es, más bien, alguien que ha dedicado 45, 50 años de su vida a sacar adelante esa empresa. Las instituciones salen si hay gente que se compra el pleito definitivo para que salgan y no porque es una institución que nos guste porque incorpora los ingredientes ideológicos que nos gustan. Porque ya estamos viendo en muchas partes del Perú y del mundo enormes fracasos en propuestas institucionales que no son útiles porque no resisten, porque no rinden. La combinación adecuada de instituciones y personas tiene que ser meditada específicamente en función de las realidades concretas para que pueda ser eficiente, para hacerle sitio a la juventud en la propia tierra en la que nació.

Es urgente crear oportunidades en las propias regiones y no va a ser en la pequeña comunidad, arriba en los cerros y aislada, donde la juventud normalmente se va a quedar. Pero sí hay que lograr que se quede en un sitio cercano, en la capital de provincia, o quizá en esa columna vertebral de Quillabamba hasta Puno. En ese medio es más factible que se concentre la juventud y los intelectuales provenientes del mundo campesino a pensar su propia región y hacer empresa productiva de todo tipo.

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

Creo que debe estar en la agenda una política sobre personas e instituciones para asumir con responsabilidad, con eficacia y democráticamente. Si bien no pueden dejar de ser instancias de reivindicación, y hay que seguir reclamando, qué duda cabe, frente a la miseria en que se encuentra el pueblo. Todavía a gran parte de nuestro pueblo no le nace asumir responsabilidades en la escala necesaria, todavía muchos tienen una vocación de sumisión, de pasividad. No es fácil encontrar dirigentes que se sacrifiquen y que quieran seguir en la lucha y más difícil es tal sacrificio cuando estamos en situación de crisis. En consecuencia, esa política de asumir responsabilidades me parece una clave en la educación, en la pedagogía, en el desarrollo de la educación con la juventud.

Ese es el Perú que tiene que acabarse, y que, de hecho, se está acabando. Pero, para que no se reactive con un fascismo, o con una dictadura más o con nuevos populismos que aprovechen la supervivencia de la sumisión, hay que ser obsesivo en la manera democrática de hacer las cosas, intransigente en lo democrático de los procedimientos, porque eso es hacerles sitio a nuevos jefes de su pueblo, a todo aquel peruano que quiere ser jefe, y hay que hacerle un sitio para que lo sea.

En el Sur Andino hay siempre debates en torno a instituciones, querría recordar algunos de los términos de dichos debates, no es una agenda exhaustiva pero espero que sirva al debate de la Semana. ¿Cuál es la relación entre empresa y comunidad? Este, entiendo que es un asunto no resuelto ni en la teoría ni en la práctica del campesinado de la región. ¿Cuál es la relación entre comunidad y municipio? Sigue siendo materia de debate, hasta donde yo entiendo. ¿Cuál es la relación entre municipio y comunidad por un lado y microregión por el otro? ¿Cuál es la característica de una región y de un Gobierno Regional, de la estructura política de un gobierno regional? ¿Cómo concebir una macroregión surandina? ¿En que consistiría esto? ¿Cómo se manejaría? ¿Dónde están las riendas de esas institucionalidades en germen? ¿Y en qué se basará la legitimidad democrática a los ojos de las bases?

Javier Iguñiz

Son instituciones, desde la familia y la comunidad hasta la macroregión surandina, que hay que hilvanar para que el pueblo surandino se haga respetar en el contexto nacional. Estas instituciones no van a salir del papel ni del libreto. Sólo pueden salir de la experiencia, y esa sólo la tienen ustedes. Es más, sólo la tienen ustedes en la medida en que experimentan y en la medida en que demuestran éxito para el campesino, en términos de bienestar y de tranquilidad y dignidad. Es por esto que me parece que la presencia popular en todo nivel institucional es urgente, y que ningún pequeño grupo de dirigentes iluminados va a poder liderar un proceso de reorientación tan grande. La actual vía hacia la marginación seguirá, y continuaría aún cuando hubiera una revolución social en el Perú, si esta es hecha por núcleos pequeños que funcionan sobre la base de aparatos sin convocatoria de grandes masas. Cualquier revolución en el Perú no es garantía para cambiar el curso centralista del desarrollo económico del país. Creo que es necesaria una obsesión por la presencia popular y regional, por hacerle sitio al poblador alejado de los centros de poder, para permitirle y respetar el lugar que desde las propias costumbres se genera y desde donde se experimente el ejercicio de la responsabilidad dirigencial. Tengo la impresión de que se desperdicia capacidad dirigencial al imponer pautas institucionales importadas, extrañas para el poblador rural andino.

Querría mencionar la Universidad porque creo que la sociedades de altura en el Sur Andino se están autodestruyendo cuando no cuidan la Universidad. La ciencia y cultura universales han sido desarrolladas al nivel del mar. Recién por la preocupación por el espacio, la ciencia se está volviendo espacial. No hay casi ninguna tradición científica sobre los problemas que se registran a más de tres mil metros de altura. Menos aún hay ciencia que desarrolle las potencialidades de la altura. Esa altura que aparece como defecto cuando se la mira desde otras partes del país y del mundo tiene que ser repensada. En el Perú no hemos estado haciendo una investigación y, porqué no, una ciencia alternativa en muchos aspectos importantes para regiones como la surandina, salvo para analizar problemas

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

de la salud y de algunos aspectos del mundo agrícola por auténticos héroes científicos, quienes aislados y sin recursos en las universidades nacionales e institutos y centros persisten en su trabajo. Habría que hacerles monumentos.

El progreso del Sur Andino a largo plazo pasa por una ciencia que mira de distinto modo la altura. Los experimentos internacionales se han basado en el esfuerzo por descubrir las potencialidades de las realidades en las que habitan sus ejecutores. Tampoco hay una ciencia correspondiente al bosque húmedo y menos aún una ciencia del desierto como la que necesitamos en nuestra costa. La exploración del ingenio humano ha estado situada ecológicamente en los climas templados, y sólo los intelectuales de lugares como el Sur Andino van a hacer los desarrollos científicos que se traduzcan en el descubrimiento de potencialidades ignoradas. El interés por el espacio contribuirá, sin duda, a descubrir esas potencialidades al experimentar dentro de rangos que incluyen condiciones similares a las de las máximas alturas habitadas del planeta. Creo, por lo tanto, que hay que valorar el desarrollo de las fuerzas productivas, al técnico, al profesional andino. Y a largo plazo es de una necesidad revolucionaria incuestionable.

Afirmación cultural

Pero, al final, creo que el proyecto descentralista, regionalista tiene que ser una afirmación cultural. La región surandina tiene que aprovechar que todavía está en el subconsciente del Perú entero, que todavía está en los reflejos internos de los que viven en Lima y que todavía, por lo tanto, pueden aprovechar de esa región de migrantes que son Lima y la costa para exigir recursos y para que la población allí diga: "Sí, está bien que hayan recursos para la población y el territorio de donde yo vine".

Pero esa afirmación tiene que ser una afirmación cultural fundamentalmente campesina. La élite provinciana ha sido muy discriminadora con el campesinado, entonces no es la mejor escuela de democracia. A veces desde Lima se trata mejor a la gente de lo que los caudillos y caciques locales la han

Javier Iguñiz

tratado. Vieja herencia del gamonalismo. Esa perspectiva cultural no es superestructural, no es del huayno o de la zampoña, es una perspectiva ética, hasta infraestructural si quieren, o sea de los condicionantes objetivos y subjetivos de la producción y de toda organización. Y tampoco puede ser una perspectiva cultural de resistencia. La cultura que se dedica a resistir, muere y queda para los turistas. Las culturas tradicionales sobreviven si se encuadran en movimientos de progreso y de bienestar, si son útiles a la gente, no sólo si son queridas, porque también al anciano se lo quiere y todos saben que se va a ir. Al abuelo y al padre se lo quiere y todos saben que no durarán mucho. La propia cultura tiene que estar enraizada en la juventud, pero a la vez tiene que ser un proyecto útil para acelerar el progreso tal y como es entendido, con futuro, y no uno de resistencia frente al asedio occidental o al centralismo. Es por eso que en esta afirmación cultural el problema de la eficacia es muy grande, de la eficacia real, rápida.

Hacia una ética andina de trabajo y solidaridad

Finalmente, para terminar. Creo que lo que tenemos que introducir a la agenda de la Semana Social, y no sólo para el Sur Andino sino para todo el país, es una ética de trabajo y solidaridad. Nada de lo anteriormente propuesto o sugerido funciona si no es con una ética nueva en el país. El país del "sacavueltero", el país del "comechado", del "así no más" y del "más o menos" no va a progresar nunca por mucha innovación tecnológica que se meta al país o por mucha plata que se meta en la región. Vamos a seguir siendo un país de saqueo, un país al que se le quita, pero no en donde se invierte. Y creo que desde el Sur Andino hay una responsabilidad con el resto del país, porque todavía el Sur Andino campesino es un receptáculo fundamental de una ética de trabajo duro y solidaridad. No querría idealizar los rasgos de la cultura andina a los que me refiero, sabemos que en todas partes hay de todo, pero donde más sustento o cimientos hay para una ética nueva creo que es acá, y por lo tanto es una tarea el hacer que esto sea eficiente, para producir bienestar, para que todos miremos que

El Sur Andino desde una perspectiva nacional

el criterio ético de trabajo y solidaridad no es un criterio para los fines de semana sino que es un criterio para la vida diaria.

Viejos y nuevos respetos, viejos y nuevos aprecio tienen que reemplazar a viejas y nuevas opresiones y desprecios. Creo que esta es la clave para desarrollar una potencia anímica, una potencia del espíritu, que los cristianos la leeremos de una manera, que los no cristianos la leerán de otra, probablemente, pero en lo que todos coincidimos es que hay un problema de espíritu, de ánimo, de convicción. Pero para que haya convicción también tiene que haber dirección y tarea grande y en ese sentido creo que esta Semana Social es un momento importante. Uno se sacrifica al caminar si sabe a donde va, si no sabe a dónde va ¿por qué se sacrifica caminando? Se queda quieto. Es por eso que el esfuerzo de trabajo, de ahorro, de acumulación, de innovación y también de organización democrática requieren de esa ética, una ética que incluya equidad y respeto por la justicia. Y en una región como la nuestra, en este caso el Sur Andino, la conciencia de la injusticia es tan grande, que la conquista de la justicia es un factor fundamental, también para el desarrollo de la economía y no sólo para la tranquilidad moral de las personas. La justicia es condición de éxito. Esa justicia que no siempre va primera en la historia. La justicia, la lucha social, el desarrollo tecnológico y científico, se entremezclan extrañamente en la historia. No hay claras y rígidas precedencias en la historia de la humanidad. La bandera de la paz con justicia no puede ser la justificación de la violencia bajo la argumentación de que la justicia no se ha instalado. El proceso de construcción de justicia es complejo y durante él las cosas no se detienen. Creo por lo tanto que junto con esa ética de trabajo y solidaridad tenemos también la ruta de la paz, problema que nos tiene angustiados, preocupados todos los días en este momento en el país. De una paz con justicia que la agitamos todo el tiempo en el Perú y que es ya identidad de la persona comprometida en el país, pero de una paz que no puede ser ni coartada para la violencia ni para el abstencionismo, sino una paz en medio de la violencia, por ahora inevitable. ¿Cómo se hace paz dentro de una violencia que uno no

Javier Iguiñiz

puede por decreto extirpar? Ese es un asunto muy difícil que requiere de audacias nuevas, originalidad extraña, de dar la cara de maneras especiales, con las masas organizadas, de cambiar de cancha y no aceptar la propuesta por los organizadores del terror. A la vez hay que ser eficaz para defender la vida y no simplemente ir a honrar a los muertos una vez que estos hayan ocurrido.

Creo que la alternativa pasa por este tipo de criterios éticos que me parecen fundamentales en el terreno económico y político y que quizás se resuman en la necesidad de que no hay que tener proyecto. El problema no es tener un proyecto de desarrollo para la región. Quienes lo esgrimen, quienes levanten un proyecto, tienen que ser proyecto en sus vidas diarias. El que dice que va a transformar el mundo y es un ladrón o es un tipo antidemocrático en las organizaciones o es alguien que no respeta al campesinado, por mucha revolución que diga que va a hacer, no es creído. Entonces, es la coherencia de la práctica diaria, en muchas dimensiones de la vida, no sólo en la lucha social sino en el manejo empresarial, en el manejo político, en el trato a la mujer, en el de la relación comercial; en general, una manera distinta de ser en todas esas cosas hará que la gente diga: ¡Ah, allí está el proyecto! Quizás ni han hablado los que actúan así. No hace falta hablar. El estilo de la vida constituye el proyecto. Y creo que allí hay un gran empate entre los que desde una perspectiva religiosa encontramos en la fe motivación para actuar de manera comprometida en la vida social y política del país con muchos otros que, no compartiendo nuestra fe, sí encuentran, como nosotros, en su ser peruanos, en su ser andinos, en su ser serranos, o en su ser honrados suficiente motivación para dedicarse a esa tarea y con una calidad muy superior, en la mayor parte de los casos, a aquella con la cual los propios cristianos estamos acometidos. Creo que en ese contexto es que es cierta la frase de nuestros obispos del Sur Andino "aún estamos a tiempo".

Notas

- (1) Este artículo recoge la exposición del autor en la sesión inaugural de la Semana Social "Sur Andino: problemas y alternativas", evento organizado por el Instituto de Pastoral Andina en la ciudad de Puno en agosto de 1989 y al que concurrieron dirigentes populares, agentes pastorales, profesionales y técnicos de las actuales regiones Inca y José Carlos Mariátegui.